

MENSAJE AL SIMPOSIO DEL EXCMO. Y REVMO.
SR. D. JOSÉ SARAIVA,
SECRETARIO DE LA CONGREGACIÓN
PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Agradezco vivamente al Revmo. Decano de la Facultad de Teología de Navarra, el eximio profesor Pedro Rodríguez, por la cordial invitación a la inauguración de este XVIII Simposio Internacional de Teología.

Como Secretario de la Congregación para la Educación Católica, me es grato expresar, en mi nombre y en el del Dicasterio, mi más fraterno y cordial saludo a Su Excelencia Revma. Monseñor Fernando Sebastián, Arzobispo de Pamplona, al Rector Magnífico de la Universidad, a los ilustres Profesores, y a todos los participantes en estas empeñativas Jornadas de estudio, que ven, como Relatores, algunas de las más renombradas figuras del campo de la teología actual.

Me felicito sinceramente con los organizadores del Simposio por la afortunada elección del tema que en él será estudiado en profundidad: «Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la teología». Se trata, sin duda alguna, de un tema de extrema importancia y de la más palpitante actualidad. Actualidad, subrayada por el hecho de encontrarnos en el primer año de preparación inmediata al Gran Jubileo del 2000, dedicado a profundizar el misterio de Jesús, único Salvador del hombre.

Antes de afrontar algunas temáticas específicamente, el programa prevé un estudio, sumamente oportuno, de la situación actual de la teología y de la renovación de la misma. Es, precisamente, sobre estos dos puntos, que quisiera compartir con vosotros algunas breves reflexiones.

1. *Situación actual de la Teología*

No cabe duda alguna que la teología se encuentra hoy en una situación de profunda revisión respecto a los modelos de un pasado no

muy lejano. En efecto, en tiempos todavía recientes, ella se desarrollaba en un mundo cultural bastante homogéneo, donde la fe de la Iglesia inspiraba, en general, la cultura y las costumbres sociales. Tal situación es hoy radicalmente distinta. La actual es, sobre todo en los países occidentales, un mundo secularizado y, con frecuencia, indiferente al problema religioso.

Cambios profundos se han verificado además dentro de la Iglesia. El proceso de renovación promovido por el Concilio Vaticano II, se ha ido realizando, de manera lenta pero irreversible, en el período post-conciliar. Renovación que se ha extendido a todos los niveles de la vida de la Iglesia, y cuyo único fin es purificarla y, de esta forma, hacerla siempre más semejante a su Esposo. Es decir, el de hacer que sobre el rostro de la Iglesia resplandeciese cada vez con más claridad el rostro de Cristo.

Ahora bien, este cambio cultural y eclesial no puede no reflejarse en la teología, y en su desarrollo actual. Como hombre y como creyente, el teólogo no puede ignorar en modo alguno, en su reflexión sobre la Palabra de Dios, lo que sucede a su alrededor, en el mundo en el que vive y del que forma parte. El debe hacer teología en el hoy, y para los hombres de hoy. Una teología aislada de la realidad actual, correría el riesgo de ser una teología abstracta, y, por tanto, sin aquella incidencia que está llamada a tener en la vida de los hombres.

2. *Hacia una renovación de la Teología*

Todo esto influye profundamente en la teología, llevándola a renovarse. Esto es absolutamente necesario. Quien hace teología hoy, no puede permanecer al margen de un proceso que implica a la entera comunidad eclesial.

Pero, para que la renovación de la teología sea auténtica, debe obedecer a algunos principios de fondo, conexos con la misma naturaleza de la teología.

a) *Identidad de la teología*

Ante todo, se trata de asegurar la *identidad* específica de la teología, es decir, la de ser una reflexión sobre la fe y a partir de la fe, que constituye su misma razón de ser.

Quisiera precisar, sin embargo, a este propósito, que la fe respecto a la que se define la responsabilidad de la teología, es la *fe de la Iglesia*,

y que ella va entendida en su totalidad, o sea, no sólo en su aspecto doctrinal, que ciertamente es fundamental, sino también en todos los demás aspectos con él relacionados. La fe que el teólogo trata de profundizar, en efecto, «viene, también, celebrada en el culto, realizada en la vida espiritual y en el comportamiento moral, y gracias a todo esto, ella toma cuerpo en una serie de lazos racionales e institucionales» (DORÉ, M.J., *La responsabilità del teologo*, RdT, 37 [1996] 725). En otras palabras, la fe que la Iglesia enuncia y anuncia, celebra y vive, testimonia y encarna en la vida concreta de los fieles (cf. *ibid.*), es la misma fe que el teólogo debe manifestar de manera cada vez más asequible a las categorías de pensamiento y al lenguaje del hombre de hoy, para lograr que ella pueda cambiar el mundo, hacerlo siempre más humano y, por esto mismo, siempre más cristiano.

b) *Teología, verdad absoluta e historia*

La teología contemporánea se encuentra, en algunas de sus corrientes, condicionada por raíces filosóficas kantianas e historicistas, desprovista de una instancia metafísica en su pensar, tendencialmente marcada por el relativismo pluralista y frenada por la aporía de la negación de un absoluto en la historia y de una revelación que afirma la absolutez de Cristo, precisamente en la historia. Así se asiste a la disolución relativista de la cristología por la negación del único absoluto, Cristo. Este relativismo cristológico alarga su sombra prácticamente sobre todo el dogma. «La identificación de una persona histórica individual, Jesús de Nazaret, con la “realidad” misma, o sea con el Dios vivo, es rechazada como una recaída en el mito; Jesús es expresamente relativizado como uno de tantos mitos religiosos. Lo que es absoluto, o Aquel que es absoluto, no puede darse en la historia, donde se tienen sólo modelos, sólo figuras ideales que remiten al Totalmente otro, que no se puede aferrar como tal en la historia. Es claro que también la Iglesia, el dogma, los sacramentos no pueden tener el valor de necesidad absoluta. Atribuir a estos medios finitos un carácter absoluto, más aún, considerarlos como un encuentro real con la verdad, válido para todos, del Dios que se revela, significaría colocar sobre un plano absoluto lo que es particular, y deformar, por lo mismo, la infinidad del Dios totalmente otro» (RATZINGER, J., *Relativismo problema della fede*, Conferenza alle Commissioni dottrinali latino-americane, maggio 1996).

Para salir de esta situación aporética, la teología contemporánea, como señala el Cardenal Ratzinger, deberá ayudar a resanar la razón en cuanto razón, para que, liberada de los prejuicios y limitaciones

que le han sido impuestos por la filosofía kantiana imperante, se abra al conocimiento metafísico, ponga en acto su capacidad de alcanzar la Verdad absoluta, y se disponga a la fe (cf. RATZINGER, J., *Natura e compito della teologia. Il teologo nella disputa contemporanea. Storia e dogma*, Jaca Book, Milano 1993, 22-31). Sólo así la teología contemporánea será capaz de resolver la cuestión de cómo afirmar un absoluto y, al mismo tiempo, reconocer los revestimientos y condicionamientos de su presencia histórica; de cómo mantener la fidelidad a un contenido fijado en el pasado y a una actualización histórica de la proposición de ese contenido. Tareas éstas no exentas de dificultades, pero urgentes y necesarias.

Ante el Cristo de la Pasión, que un día había afirmado ser «la Verdad», Pilato preguntó: «¿Qué es la verdad?». No fue capaz de leerla en el rostro escarnecido de un hombre. La realidad histórica no le desveló la trascendencia divina de la verdad que ocultaba y, a la vez, revelaba.

Verdad absoluta e histórica no se oponen dialécticamente sino que se integran en el Verbo encarnado. La teología de hoy, y la de siempre, debe saber leer en la historia la presencia de Dios y su acción trascendente en los textos sagrados, milagros, misterios y medios de la gracia.

c) *Eclesialidad de la teología*

Pero la teología no solamente tiene necesidad de reasumir su pensamiento metafísico y de trabajar con una razón liberada y abierta al absoluto. También siente el impulso de reencontrar su verdadero lugar, ese lugar que la especifica y dota de una identidad.

La teología no tiene su lugar originario y originante en las aulas universitarias, ni en los foros culturales, al contrario de lo que piensa Jüngel (JÜNGEL, E., *Niente sconti sulla verità. Perché la teologia appartiene all'Università...*, in S. MURATORE [ed.], *Teologia e formazione teologica*, Paoline 1996, 174-175). La teología tiene su lugar en la Iglesia. La eclesialidad de la teología es uno de los temas más presentes en la teología contemporánea. Se siente el impulso de querer hacer teología *desde* la Iglesia, *en* la Iglesia y *para* la fe de la Iglesia. De hecho, sólo desde la Iglesia se puede pensar teológicamente.

La teología presupone un dato inicial que no procede de nuestro pensar, sino de un encuentro con el Dios que se revela y que siempre nos precede. Su Palabra es asumida en el asentimiento del acto de fe. Es una adhesión a la persona de Cristo vivida en un «nosotros» co-

munional, que es la Iglesia. No puede haber teología fuera de la fe, y por consiguiente, fuera de la Iglesia, que es el lugar donde encontramos a Cristo y hacemos nuestro acto de fe. «Para la ciencia teológica, la Iglesia no es una instancia extraña; es más bien el fundamento de su existencia, la condición de su posibilidad. Y la Iglesia no es, a su vez, un principio abstracto; es un sujeto vivo, es contenido concreto. Por su naturaleza este sujeto es más amplio que cualquier persona particular, más aún, de cualquier generación particular (...), es voz viva que dice las palabras de la fe» (RATZINGER, *Natura e compito della teologia*, pág. 57).

En base a este principio específico de la epistemología teológica que afirma que la teología tiene por objeto de reflexión una verdad que vive en la Iglesia y por ésta le es presentada para su profundización, la eclesialidad de la teología se hace requisito indispensable para la validez de sus conclusiones. Así lo ponen de manifiesto los abundantes estudios teológicos que sobre este tema se han publicado recientemente.

Incluso desde la perspectiva del sujeto epistémico de la teología, la Iglesia es el «humus» natural e indispensable del pensamiento teológico. Es, en expresión de un autor contemporáneo, la matriz donde se desarrolla la teología (cf. W. VAN ROO, *Basic of Roman Catholic Theology*, Gregorian University, Roma 1982, p. 258). Es la tesis irrenunciable de que el sujeto queda implicado en la afirmación de la verdad. La vida en la Iglesia dota al teólogo de una experiencia primordial que especifica la reflexión teológica o, en palabras del Card. Ratzinger, la «subjetividad histórica» de la Iglesia. Según ésta, «se hace uno creyente en la medida en que uno se inserta en esta comunidad de tradición, de pensamiento y de vida, se vive de este nexo histórico vital y se entra a formar parte en ella de su modo de comprender, de su modo de hablar y de su modo de pensar. Para los creyentes esto no es un sujeto sociológico cualquiera, sino un sujeto verdaderamente nuevo, suscitado por el Espíritu Santo, que precisamente por esto hace saltar los límites insuperables de la subjetividad humana y permite al hombre el contacto con la fuente de la realidad misma» (RATZINGER, J., *Natura e compito della teologia*, p. 84). La experiencia de vida de fe en el seno de la comunidad creyente configura la teología, que no es otra cosa que la comprensión de esa fe comunionalmente vivida en la Iglesia con su magisterio y sus instituciones (obviamente no es que la teología se reduzca a reflejar lo que vive la comunidad creyente, sino la fe de la Iglesia, hecha vida en la comunidad). Sin la fe de la Iglesia no se puede elaborar teología alguna, como no se puede elaborar una teología que pretendiera hacer inteligible una realidad de la que no se ha tenido experiencia.

d) *Recuperación de la dimensión espiritual*

La teología actual tiene, también, absoluta necesidad de recuperar su *intrínseca relación con la espiritualidad*. En los últimos siglos, especialmente en los países occidentales, ha ido prevaleciendo, cada vez más, la tendencia a relegar la teología en la intelectualidad. «Podemos... sostener, resalta un autor, que la teología moderna se ha escogido siempre más como principales, si no únicos partners, la razón y el espíritu iluminado» (DORÉ, 729). Esta visión «intelectualista» de la teología puede llevar a concebirla como algo puramente razonado, demostrativo, deductivo (cf. DORÉ, *ibid.*).

No se ha de olvidar que la teología, teniendo por objeto, no verdades abstractas, sino verdades que son principios de vida y de compromiso sea para cada creyente sea para la comunidad de la que forma parte, tiene una dimensión profundamente espiritual. Por tanto, en su investigación sobre la Palabra de Dios, el teólogo «no procede en la línea de un puro intelectualismo, sino que obedece a las exigencias de la fe, realizando siempre más su unión existencial con Dios y su inserción vital en la Iglesia» (CEC, *La formación teológica...* n. 22). El teólogo no puede limitarse a hablar *de* Dios. Debe, primero y ante todo, hablar *con* Dios. Y cuanto más hable *con* Dios, tanto mejor hablará *de* Él. La teología hay que hacerla, por así decirlo, de rodillas.

La indestructible relación entre teología y espiritualidad viene confirmada por la historia. Todas las grandes producciones teológicas del pasado fueron ligadas a fuertes corrientes de vitalidad espiritual en la Iglesia. El pensamiento teológico de San Agustín no sería comprensible sin el desarrollo de la Iglesia en el Norte de Africa, como no lo serían los «Capadocios» sin el primer monaquismo, o el mismo Aquinate sin la orden de los Dominicos.

Permanece, todavía hoy, plenamente válida la significativa afirmación de San Buenaventura al respecto. En su estupendo «Itinerarium mentis in Deum» dice: «Ninguno crea que le baste la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin el asombro, la observación sin el gozo, la actividad sin la piedad, la ciencia sin la caridad, el saber sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, la investigación sin el conocimiento de la inspiración divina» (n. 4).

e) *Una teología en clave misionera*

Para renovarse, la teología necesita, igualmente, ser concebida, y hecha, cada vez más en *clave misionera*. Ella no debe, por tanto, con-

cebir la Iglesia de hoy como una comunidad estática, encerrada en sí misma, sino como una comunidad dinámica, en camino: aquella del «euntes docete». La teología debe, pues, abrirse con evangélico coraje y con gran confianza, a pesar de todas sus contradicciones y de todos sus problemas, a la compleja realidad del mundo contemporáneo. Y esto, para descubrir en él, atenta siempre a los signos de los tiempos, sus inquietudes, sus aspiraciones, manifiestas o no, hacia Cristo, Señor del universo y centro de la historia. El hombre de hoy, no obstante las apariencias, tiene, tal vez, más que nunca sed del Trascendente, de Dios. La teología actual no puede ignorar, firme el principio de Cristo único Salvador, aquellos inmensos sectores de la humanidad que practican otras religiones, las que, como dice la «*Evangelii nuntiandi*», «llevan en sí mismas el eco de milenios en la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta, pero hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón» (n. 53). Sin olvidar tampoco que dichas religiones están todas ellas «llenas de innumerables semillas del Verbo» (*ibid.*).

Una tal teología no puede no estar abierta a las diferentes culturas de los pueblos, a una verdadera inculturación de la fe en ellas. «La exposición de la verdad revelada, se lee en la “*Sapientia christiana*”, debe adaptarse a la naturaleza y a la índole de cada cultura, teniendo especialmente en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos, excluyendo cualquier forma de sincretismo y de falso particularismo» (Art. 68 1).

La óptica misionera de la teología es, en fin, sumamente fecunda para sí misma. Del contacto con la idea misionera, ella sale renovada, enriquecida. Se hace cada vez más viva y actual, porque se inserta en la realidad concreta de la Iglesia y del mundo de hoy. A una teología así concebida se le puede aplicar lo que Pablo VI decía de la catolicidad: «está destinada a todas las gentes, abierta a todas las almas, ofrecida a todas las lenguas; es invitación a todas las civilizaciones, presencia en toda la tierra, instancia a toda la historia» (Omelia di Pentecoste: L'O.R... 181 S/64).

f) *Sensibilidad ecuménica de la teología*

Es, en fin, indispensable que la teología de hoy tenga una cada vez más viva *sensibilidad ecuménica*. Entre teología y ecumenismo existe un nexo íntimo y profundo. El Concilio habla del «aspecto ecuménico» de la teología, de una teología «cuidadosamente elaborada en modo ecuménico» (UR, 10).

En uno de sus documentos, la Congregación para la Educación Católica, recuerda que sobre la actividad teológica hoy incide notablemente el diálogo ecuménico que, al mismo tiempo que impulsa a los teólogos a nuevos estudios en el ámbito de la historia y de las fuentes, exige un *nuevo clima* en la teología... Se impone, ante todo, el quehacer de redescubrir la dimensión *ecuménica de la teología* y de formular las verdades de la fe con más profundidad y exactitud, y con aquella forma de exposición y de expresiones, que pueda ser comprendida también por los hermanos separados (CEC, *La formación teológica...*, n. II; UR, 11).

Es de señalar, a este propósito, la afirmación del actual Pontífice, según la cual «la Iglesia debe aprender a respirar de nuevo con los dos pulmones: el oriental y el occidental» (L'O.R., 29-161, 1985, p. 5). La Iglesia en su conjunto y en todos los niveles, y, por tanto, también en el teológico. Sí, también la teología debe aprender a respirar con estos dos pulmones, para poder dar su propio aporte, como es su deber, al servicio de la unidad de cuantos llevan impreso en sus frentes el nombre de Cristo; para poder contribuir a la realización del grande deseo de Cristo: «Ut unum sint».

El planteamiento *ecuménico* de la teología, presupone, en primer lugar, un conocimiento profundo de las diferentes *tradiciones cristianas*. Dicho conocimiento, indica un autor, «causaría un enriquecimiento indudable a nuestro contemporáneo hacer teología y, sobre todo, al anhelo a la unidad, sin falsos irenismos y sin simplicismos infundados» (A. AMATO, *Filosofía-Teología...* in «Seminarium» 26 [1996] 2.255).

La visión ecuménica del conocimiento teológico requiere, pues, un continuo contacto con las fuentes bíblicas, la tradición patristica, los textos de los grandes Concilios dogmáticos, con la constante atención y la justa valoración de las diferencias entre la *substancia* de las verdades reveladas, todas las cuales exigen el mismo asentimiento de fe, y el *modo* con el que vienen «enunciadas»; entre dichas verdades y su formulación histórica.

He aquí algunos de los principios fundamentales sobre los que debe apoyarse la reflexión teológica contemporánea para que pueda cumplir, con siempre mayor eficacia, su misión en el actual contexto de la Iglesia y del mundo. Sólo a su luz será posible penetrar, en profundidad, en el misterio de «Cristo y del Dios de los cristianos», el cual no sólo se presentó como la Verdad, sino que, al encarnarse, se hizo también Vida.

En esta línea, no me queda sino augurar pleno éxito a este importante Simposio Internacional, y desear que las sesiones de estudio de estos días, logren completamente su cometido.

I. SITUACIÓN DE LA TEOLOGÍA

